

dades, todas sus energías y todos sus conocimientos á sus apostólicas tareas, en las que su conducta fué verdaderamente evangélica en el ejercicio de la potestad de orden y admirable en el ejercicio de la potestad de jurisdicción.

Emprendió una visita pastoral á su archidiócesis, comenzándola el día 27 de Septiembre de 1865. Todas las poblaciones del Valle de México y de la Tierra Caliente, abrieron los brazos para recibir cordialmente al Prelado, quien recogió abundantísimos frutos de bendición. Debe tenerse presente que esa primera visita pastoral de Monseñor Labastida, le significó muchas fatigas y trabajos laboriosísimos, en razón de que, con motivo de las guerras civiles, hacía años que el diocesano no había ido á las parroquias.

La magestad con que S. S. I. ejercía los actos de su augusto ministerio, la unción que fluía de sus elocuentes labios cuando predicaba, y la perspicacia y rectitud, que fueron en él virtudes geniales, que mostraba en los negocios, le conquistaron en el clero, en las autoridades civiles y en los pueblos, inmensas simpatías, que todavía perduran para su grata memoria.

El 5 de Febrero de 1867, en obediencia á la voz del Sumo Pontífice, salió otra vez de México, dirigiéndose á la capital del Orbe Católico. El Sr. Pío IX. que tuvo siempre notable predilección por el Sr. Labastida, quiso tenerlo cerca de su trono en la celebración del centenario de San Pedro. Allí permaneció el Arzobispo de México y allí supo el sangriento y tristísimo desenlace que, en el Cerro de las Campanas, extramuros de Querétaro, había tenido el Imperio de Maximiliano. Entónces, como al abandonar años antes el Palacio Nacional, tampoco brotó de sus labios ni una sola queja, ni un solo reproche.

Convocado el Concilio Vaticano el deber, detuvo en Roma al Illmo. Sr. Labastida, quien asistió á todas las sesiones, habiendo sido nombrado miembro de la Comisión encargada de la disciplina eclesiástica. Como su estancia anterior en Roma y sus relaciones con los hombres prominentes de Europa lo habían hecho célebre en el Viejo Continente, mereció todo género de atenciones por parte de los padres que asistieron á dicho Concilio.

En Marzo de 1871 abandonó la Ciudad Eterna, regresando á su patria, por el puerto de Veracruz, el 12 de Mayo y llegando á la capital de la República el 19 del mismo mes y año. Consagrado enteramente á sus tareas pastorales fué siempre una lumbrera en las múltiples cartas que escribió á sus diocesanos, un apóstol infatigable en las penosas labores de su ministerio y un factor importantísimo para la consolidación de la paz pública (1).

El 10 de Febrero de 1878 concluyó la visita general á su archidiócesis, así es que no hay una sola parroquia del Arzobispado de México, por humilde que sea, en la que no se hayan recogido frutos de bendición por el ministerio personal del Sr. Labastida.

En México ocupaba el Palacio Episcopal de la calle de la Perpetua y en Tacuba otro Palacio Episcopal anexo al curato. Siempre conservó la piadosa costumbre de visitar diariamente el templo en que estaba el Jubileo circular.

(1) Como álguien pudiera suponer que el último miembro de nuestra afirmación es exagerado, aconsejamos que se lean los siguientes conceptos del literato D. Justo Sierra, una de las personalidades distinguidas de la escuela positivista: "La política prudente iniciada por el primado de la Iglesia Mexicana (Monseñor Labastida), ha contribuido no poco á la pacificación en este país católico, pero en cuyos grupos principales existe gran división por las ideas liberales." "México Social y Político—Apuntes para un libro—Por Justo Sierra."

Como hecho muy notable, durante su gobierno eclesiástico, es digno de recordarse el de haber recibido los votos y armado Caballero de la Orden de Calatrava al Sr. de Errazu; ceremonia que tuvo lugar en la Capilla del Palacio Episcopal de la calle de la Perpetua.

Andaba visitando la archidiócesis, cuando recibió la triste noticia de la muerte de Su Santidad Pío IX, suceso que lo afectó profundamente y lo hizo venir á la Metrópoli, en cuya Basílica dispuso unas solemnísimas honras fúnebres, encargándose el mismo de pronunciar el elogio del venerable finado, discurso que se tiene por un verdadero monumento de las letras patrias.

Tuvo tan exquisito tacto en su conducta para con las autoridades civiles que, según refiere el tantas veces citado Sr. Sosa, disfrutó de la estimación y del respeto que le consagraron aún los más exaltados enemigos de los principios políticos y religiosos que él profesaba. «Esto, que es una verdad innegable, patetiza que atesora el actual Arzobispo de México, virtudes que nadie puede dejar de amar y hace de él, por lo mismo, el más cumplido elogio.—Nosotros, que no hacemos un misterio de las ideas liberales que profesamos y que no hemos pagado en esta obra tributo alguno sino á la verdad y á la justicia, nos complacemos en reconocer y proclamar al Illmo. Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, como uno de los más distinguidos Prelados de México.»

El juicio antes expuesto, escrito en el año de 1879 por el Sr. D. Francisco Sosa, no mereció modificación en los años subsecuentes del pontificado del Sr. Labastida, pues su prudencia, sabiduría y bondad no amenguaron en ninguna época de su vida.

En los últimos años, fué amargada la ancianidad del virtuosísimo Prelado con la actitud hostil, marcadamente rebelde á la autoridad episcopal de que públicamente hizo alarde el escritor D. José Joaquín Terrazas y con las injustas apreciaciones que sobre su conducta, en el orden jurisdiccional, echó á los vientos del escándalo uno de sus señores Curas. Ambos sucesos, que todavía alcanzan triste resonancia en estos días, fueron las últimas espinas que punzaron en las sienas del Arzobispo á quien Dios quiso destinar para que durante su gobierno eclesiástico, viera despojada de sus bienes á la Iglesia, privados los ministros del santuario de sus legítimos fueros, arrojadas á la calle las congregaciones religiosas y substituidos en las leyes, los principios eternos de la moral, por las máximas disolventes de la reforma.

Pero si tuvo amarguras, también tuvo consuelos inmensos, pues alcanzó la resolución canónica para que fuese coronada la Maravillosa Imágen de Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona del Pueblo Mexicano; celebró las Bodas de Oro de su ordenación sacerdotal, recibiendo con ese motivo testimonios evidentes de la veneración y respeto de todos los Arzobispos, Obispos y autoridades de la República; elevó el Pontífice, por su influencia, á Sede Episcopal el lugar de su nacimiento y á Sede Archiepiscopal la ciudad en que hizo sus estudios, y después de cincuenta años de sacerdocio pudo ir á Zamora y en el Santuario del Señor de la Salud, en el mismo altar en que cantó su primera misa, con asistencia de sus padres, agobiado con el peso de la edad y de la Mitra más esclarecida del mundo latino americano, fué á celebrar el sacrificio incruento, postrándose después sobre la losa que cubre los restos de los que le dieron la vida. Exaltó su nombre, á su familia, á su pueblo, á su Estado y á su Patria. Y cuando había

hecho todas estas cosas admirables, en el reloj de la eternidad se acercaba la hora que marcaría el término de su peregrinación sobre la tierra.

Las dolencias físicas y el fardo de los años minaba la existencia del Illmo Sr. Labastida á principios del año de 1891. Los rigores del invierno, siempre crudo en el Valle de México, donde la muerte descarga su guadaña, en esa estación, preferentemente sobre los ancianos, hizo que el Dr. Carmona y Valle aconsejase al Prelado el cambio de clima, escogiendo un lugar benigno de tierra caliente.

En virtud de la prescripción médica, Monseñor salió de la Capital de la República, dirigiéndose á la hacienda de Oacalco, del Distrito de Yauatepec, en el Estado de Morelos. Siempre había vivido á su lado su hermana Doña María de Jesús Labastida, viuda de Neve y madre de Doña Filomena Neve, casada esta última con el diplomático español, Sr. Michel, entonces Secretario de la Legación de España en México; así es que no fué extraño que acompañara la señora viuda de Neve á su ilustre hermano en el viaje á tierra caliente.

Visiblemente fué decayendo la salud del Sr. Labastida, pero la energía de su carácter y su voluntad siempre firme, luchaban á brazo partido con la enfermedad. Seguía atendiendo á los deberes de su altísimo ministerio, despachando los negocios de la Mitra y contestando la correspondencia que le llegaba diariamente. Fueron inútiles todas las insistencias que se hicieron para que reposara de sus fatigas, dedicándose exclusivamente á medicarse. Trabajaba sin descanso, y ni una vez sola dejó de rezar el oficio divino y el Rosario de la Santísima Virgen, así como la hora de *Nona*, cumpliendo con esta última, un voto que según se rumora, hizo en alta mar, cuando amenazaba irse á pique el vapor en que navegaba.

El día 4 de Febrero, hasta las oraciones de la tarde, hizo todo lo que acostumbraba diariamente. La noche fué entrando y con ella el decaimiento del Prelado, quien cenó como de costumbre. A las nueve, hora en que estaba en la sala de la dicha hacienda de Oacalco, manifestó que se sentía muy débil, indicando á la vez que lo llevaran á su recámara en la silla de ruedas en que estaba sentado.

Apenas llegado á la recámara, los presentes se dieron cuenta de que la gravedad iba en aumento, por lo que en el acto se dispusieron las cosas para esperar el doloroso resultado. S. S. I. recibió las bendiciones especiales para la hora de la muerte, la absolución y el santo óleo, en forma breve, pues solo fué ungido en la frente. A las nueve y media espiraba tranquilo, sereno y resignado el augusto Príncipe de la Iglesia Mexicana, Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Dr. D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, casi á los 75 años de edad, á los 52 de sacerdote, á los 36 de Obispo y á los 28 de Arzobispo. El cadáver tenía el aspecto de los varones justos que se duermen en el seno del Señor.

Como en la hacienda de Oacalco no hay comunicación telegráfica con México y como la estación más inmediata á ella tenía ya cerradas sus oficinas á la hora en que se verificó el triste acontecimiento, la noticia no se supo en México sino hasta el siguiente día. La sorpresa y el dolor unidos, se manifestaron instantáneamente en todos los habitantes de la ciudad.

El duelo fué un versal y desde luego la mayoría de los establecimientos mercantiles é industriales, así como las casas particulares de ricos y de pobres, se vieron enlutadas, permaneciendo así durante nueve días.

Embalsamado el cadáver fué traído á la metrópoli, donde se celebraron suntuosísimas honras de cuerpo presente en la Santa Iglesia Catedral, á las que asistió lo más encumbrado que tiene México en el clero, en los poderes públicos, en la diplomacia, en la banca y en el comercio.

Organizado el cortejo fúnebre presidió la lúgubre procesión el Sr. Presidente de la República Gral. D. Porfirio Díaz á quien acompañaban el Sr. Ministro de Gobernación Lic. D. Manuel Romero Rubio y el Sr. Comandante Militar de la Plaza General D. Hermenegildo Carrillo. Jamás se había visto en la ciudad de México un entierro tan solemne y un dolor tan profundo como los de ese día.

Los restos del Illmo. Sr. Labastida fueron conducidos al panteón Español, donde quedaron sepultados á la entrada de la Capilla, no habiéndose disuelto el cortejo funeral sino hasta que los sepultureros cubrieron con una losa la última morada del XXXIV Arzobispo de México.

En el centro de la crugía de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe y al pie de las gradas del altar en que se venera la Maravillosa Imágen de la Virgen mexicana, existe actualmente una magnífica estatua, tallada en mármol blanco, representando al Illmo. Sr. Labastida, revestido de capa magna, arrodillado, con las manos en actitud reverente y los ojos suplicantes, elevados hácia la Madre de Dios. ¡Así quiso el humilde Prelado que perdurara en las generaciones venideras el sentimiento de su devoción á María Santísima!

Parece haber hecho punto omiso de las múltiples y grandes obras de caridad que hacía tan pródigo Prelado, pero esto sería quitar tal vez la piedra más preciosa á la corona que él mismo se labró durante su vida. Podía llamarse con razón *pater pauperum*, pues nunca recurrió á él, algún sacerdote necesitado, alguna huérfana afligida, alguna viuda abatida ó algún pobre en demanda de auxilio, sin que sus arcas hubiesen sido abiertas para socorrer su necesidad. Aún viven muchísimos de este número que pueden certificar lo asentado y recuerdan todavía con las lágrimas en los ojos á su generoso y desprendido bienhechor.

No podemos concluir esta desaliñada y mal forjada biografía, aún deplorar en gran manera la falta de tantos datos interesantísimos que no pudimos adquirir y que darían á conocer á los admiradores de tan egregio Prelado las heroicas virtudes que adornaban su corazón.

El autor de este libro, le consagra un recuerdo de amor y gratitud imperecederos.

